

SARMENTAL. Estudios de Historia del Arte y Patrimonio

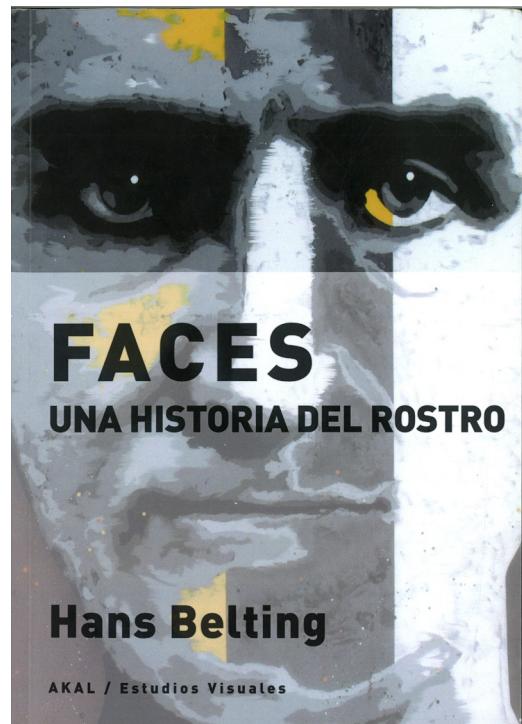
ISSN 2952-1084

Universidad de Burgos

Cátedra de Estudios del Patrimonio *Alberto C. Ibáñez*

(CC BY-NC-ND 4.0)

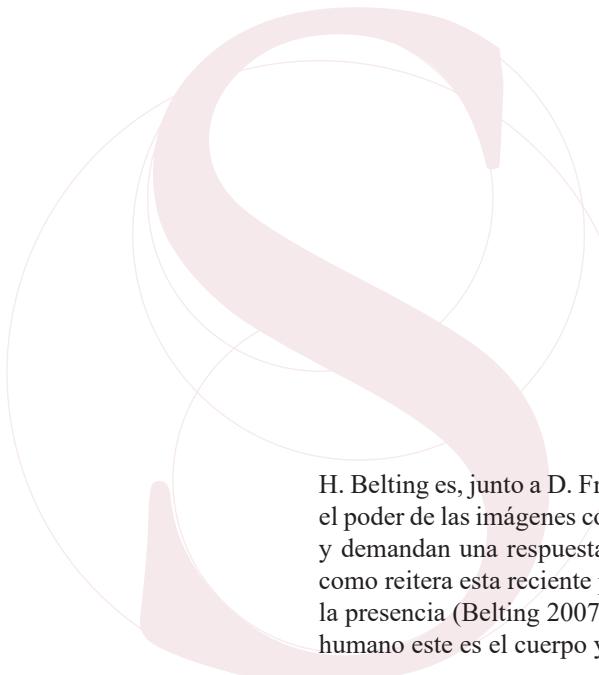
<https://doi.org/10.36443/sarmental>



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Recibido: 29/6/2025 Aceptado: 5/11/2025

<https://doi.org/10.36443/sarmental.100>



Faces. Una historia del rostro

BELTING, HANS

Madrid, Akal, 2021, 288 pp.

ISBN: 978-84-460-4799-5

H. Belting es, junto a D. Freedberg, el gran representante del giro antropológico que ha destacado el poder de las imágenes como presencias, como elementos activos y dinámicos que se relacionan y demandan una respuesta por parte de quienes las perciben. En *Antropología de la imagen* y como reitera esta reciente publicación, la imagen se mueve en el terreno liminar de la ausencia y la presencia (Belting 2007, 39). A su vez, esta precisa de un medio portador, y en el caso del ser humano este es el cuerpo y en especial, el rostro, objeto de esta monografía.

Por tanto, el cuerpo se percibe como imagen a través del rostro y los gestos que activan su movimiento. La dificultad de abordar este tema de estudio, como el autor señala, es en primer lugar la definición del concepto, así como también analizar el alcance de sus representaciones, pues el rostro es indisoluble de la persona, del individuo, es el escenario en el que expresamos nuestro *sich selbst*, con todo lo que ello implica (p. 29). La estructura del volumen se inicia proporcionando un marco teórico para el término del rostro desde un enfoque antropológico. En una segunda parte se ocupa de sus representaciones enfocándose en la dualidad retrato-máscara a través de un recorrido histórico por diferentes casos de estudio, mayoritariamente del campo de la pintura. Finalmente, un tercer apartado se ocupa de los *mass media* y ofrece una reflexión sobre los rostros en la era digital.

En su delimitación de la idea del rostro, en la misma línea que en sus anteriores trabajos, H. Belting lo sitúa como elemento universal, antropológico al que todas las culturas han atendido. Se pretende con esto matizar la visión de G. Deleuze y F. Guattari, que concebían este término como etiqueta condicionada y generada por la visión del individuo occidental, desarrollada a través del género retratístico e impuesta a los territorios no occidentalizados. Para apoyar su posición, el investigador alemán sostiene que: "la historia cultural del rostro es una historia que tiene su comienzo en el culto" (p. 35), en concreto en el conjunto de ritos funerarios. Sin embargo, también se incide en los matices culturales que han pautado su representación, destacando para el caso de Occidente el retrato y el arte teatral. Del mismo modo, se aborda la deconstrucción de estos géneros y el relato colonial que se ha configurado alrededor del rostro, por ejemplo, a través de la descontextualización de los objetos procedentes de territorios colonizados, situados en el museo como piezas de colecciónista o gabinetes de curiosidades.

La paradoja y el misterioso secreto que afecta a la representación del rostro es su carácter inasible. Lo que manifiesta el retrato verosímil del Renacimiento en adelante –o mejor expresado en plural, los retratos– solo puede ser una instantánea que muestre una de las múltiples máscaras con las que los seres humanos nos representamos a nosotros mismos en el teatro de la vida. El movimiento y la gestualidad que ponen nuestros rostros en movimiento y activan a los de las personas que nos rodean no tienen cabida en esa representación retratística, siempre incompleta. Las múltiples caras del alma humana –recordando al *Lobo estepario* de H. Hesse– son irrepresentables como totalidad y sólo se pueden plasmar de manera parcial. El medio portador de nuestro rostro es el cuerpo, es la vida y cuando esta se apaga, lo único que queda es la imagen, que aun ausente, tiene la capacidad de activar un recuerdo y convocar en el presente la esencia vital irremediablemente arrebatada.

En la contemporaneidad, los rostros proliferan de manera abrumadora, desde aquellos públicos cargados de connotaciones, a aquellos vacíos de contenido, meramente estetizados, ambos pudiendo pertenecer a la misma persona, como analiza el autor a partir de las imágenes de Mao Zedong, cuya seriedad del retrato oficial se contrapone al objeto de museo que encarnan las serigrafías de A. Warhol. En la más contingente actualidad, el giro digital ha supuesto la existencia de rostros sin portador natural: “la máscara digital descorporalizada toma cuerpo superponiéndose a nosotros” (p. 262). Asimismo, ya no estamos conformes con nuestra faz natural, sino que optamos, mediante modificaciones estéticas, por convertirnos en copias de las máscaras virtuales que nos rodean.

En definitiva, desde los cultos funerarios, a las series de autorretratos de Rembrandt, las “cabezas” de Bacon, pasando por el uso de las caras de la masa anónima como elemento estadístico, la casuística tratada recorre a base de instantáneas y copiosos ejemplos la profunda dimensión del rostro como imagen última del ser humano. H. Belting concluye a modo de *ritornello* insistiendo en que, por mucho que los nuevos medios y la esfera virtual hayan revolucionado la producción de imágenes, la única diferencia reside en que, en la actualidad, la espacialidad supraterrenal se ha trasladado del reino de los muertos y del Paraíso cristiano, a la virtualidad digital.

BIBLIOGRAFÍA

Belting, Hans. 2007. *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz.

María Carrión Longarela
Universidade de Santiago de Compostela (USC)